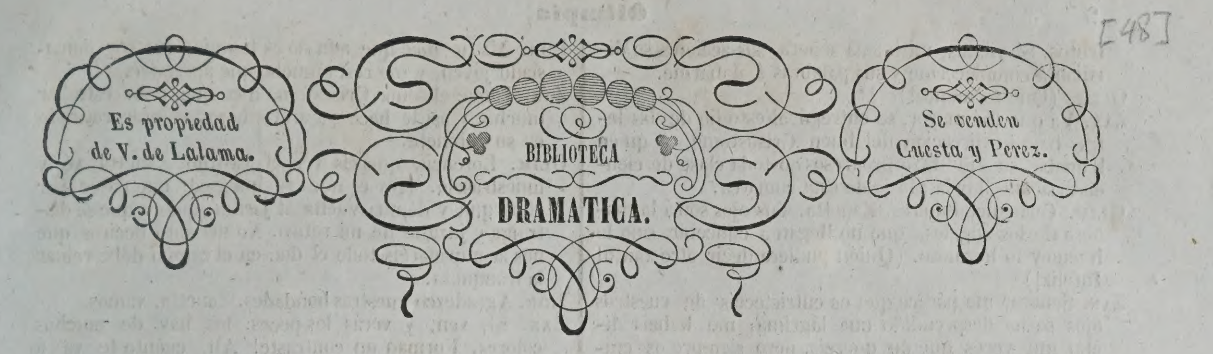
[48]



OLIMPIA, Ó LAS PASIONES.

Drama en tres actos, dividido en cuatro cuadros, original de D. Rafael Luis Fuentes, *representado en Madrid el año de 1840.*

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAS.

OLIMPIA GUISITYNIANIS.
LORENZII.
SIR JACOBO MAY.
JUAN FIDUCII CORNARO, *presidente del consejo de los Diez.*
ESCELINO } *Jueces del mismo.*
MAFFESTO }
BOHEMUNDO, *secretario de idem.*
ZANETTA; *doncella de Olimpia.*
RICARDO, *confidente de idem.*
UN GONDOLERO.
UN UGIER.
UN CRIADO.
Criados de Olimpia, comparsa de máscaras, dependientes del tribunal, soldados de la república.

La escena es en Venecia y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

LA SEDUCCION.

La escena representa un salon del castillo de Peschia con adornos del gusto gótico. Puerta al fondo, y dos laterales; la una se supone comunicar con el gabinete de Olimpia y la otra con el interior de las habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

OLIMPIA *y* ZANETTA.

Olimpia entra por la puerta que comunica con su gabinete, y Zanetta aparece limpiando los muebles.

OLIM. Y bien, mi querida Zanetta, no era hoy cuando debias presentarme á tu amante?

ZAN. Si, mi buena señora, y su tardanza me tiene impaciente; quedó en venir muy de mañana, y aun no ha parecido. (*mira á la puerta.*)

OLIM. Ya me insinuaste ayer el principio de su historia: quiero que la continues ahora, y con eso, pensando en él, te se hará mas corto el tiempo que tardas en verle.

ZAN. Con mucho gusto, señora.

OLIM. (*sentada en un sillon que le habrá presentado Zanetta.*) Pues siéntate aquí á mi lado. Recuerdo que me digiste que ese jóven no habia nunca conocido á sus padres. Bien, prosigue.

ZAN. El venerable Crisóstomo, cura párroco de Peschia, sabeis que es un anciano piadoso, y al mismo tiempo benéfico; y aunque incapaz de aquellas flaquezas que deshonran á la humanidad, no lo es de condolerse de sus semejantes. No trato de pintaros su carácter, sino para haceros ver era digno de la confianza que uno de los principales señores de Italia quiso concederle.

OLIM. Si, conozco su virtud, y sé cuan apreciable es su mérito. (Ah! Quién pudiera, como él, levantar la frente libre de remordimientos!)

ZAN. Vieron pararse un dia delante de la Abadia un hermoso coche tirado de blancos caballos, los que dirigian hombres de brillantes libreas; salió de él un anciano que por lo rico de su trage fué reconocido por un señor de la primera clase. Tuvo una larga conferencia con nuestro buen pastor, y volviendo á su coche, se dirigió por el camino de Venecia. A pocos dias el señor Crisóstomo dió órden á una tia mia para que criase un niño recien nacido. Cuando este niño, á quien el señor cura bautizó bajo el nombre de Lorencii, contaba diez años, yo tenia la misma edad, y siempre nuestros recreos eran juntos. Yo le amé desde la infancia, y él, en cuanto la edad se lo permitia, me juró que seria mio eternamente.

OLIM. Cuán delicioso es el camino de la virtud! Qué candor! Prosigue, querida Zanetta, prosigue.

ZAN. Todos los dias, mientras yo cuidaba nuestras vacas, Lorencii iba al prado á buscarme el mejor ramillete de cuantas flores se hallaban en la floresta: por las tardes paseábamos juntos, y él trepaba á la copa de las palmeras para presentarme lo mas sazonado de sus

frutos. Si vierais, mi buena señora, sus acciones se dirijian á complacerme y sus palabras á alabarme.

OLIM. (Qué tormento!)

ZAN. Ya que fué mayor, se entregó al estudio de las lètras bajo la direccion del buen Crisóstomo, á quien llamaba su tio: hizo progresos en toda clase de ciencias, siendo hoy la gloria de esta comarca.

OLIM. Cuán dichosa eres, Zanetta. Tus ojos son á la manera de los ángeles, que no llegan á concebir sino lo bueno y lo hermoso. (Quién pudiera decir otro tanto! Infeliz!)

ZAN. Señora, me parece que os entristeceis: de vuestros ojos se ha desprendido una lágrima: me habeis dicho mil veces que me quereis, pero siempre os empeñais en callarme vuestras penas. No habeis amado nunca?

OLIM. Ah! Pluguiera al cielo que asi fuese: seria menos desgraciada, y no me veria acosada por los remordimientos que fascinan mi corazon. Si, Zanetta. Amé á un hombre con toda mi alma, mas el objeto de mi amor dejó de existir. (*airada.*) Este es un misterio para ti. No me lo recuerdes nunca: pudiera serte fatal.

ZAN. (*con timidez.*) A mi, señora?

OLIM. (*alhagándola.*) No, á ti, no: mi cerebro agitado habrá podido... pero no, yo te quiero; no te lo tengo yo dicho? (Qué imprudencia!)

ZAN. Si, mi buena señora, yo tambien os quiero mucho; si, mucho. Despues de mi madre y de Lorencii, á quien amo, vos sois lo que mas quiero en el mundo. Pero alguien viene. (*se levantan.*)

ESCENA II.

Dichos, y el CRIADO.

CRIA. Señora, un joven que debia ser presentado hoy en el castillo por vuestra doncella, pide permiso para entrar.

OLIM. Bien: que no se detenga: introdúcelo al instante. (*vase el criado despues de hacer una reverencia.*)

ESCENA III.

Dichas y LORENCII.

ZAN. (*á la puerta.*) Entra, querido Lorencii, la señora desea verte. Ahi la tienes.

OLIM. Llegad, Lorencii, desechad todo recelo: á qué esa turbacion? Acercaos.

LOR. Señora, soy indigno del honor que me concedeis, dándome entrada en vuestro castillo. Pero dispensad mi cortedad. No acostumbrado á...

ZAN. No seas tonto. La señora Olimpia es muy amable, y quiere que se la trate con franqueza.

OLIM. Si, querido, llegad. (Es bello mozo! Y sus ideas se ocupan en esta aldeana!) Ya sé cuanto valeis: me han alabado vuestro genio.

LOR. Alguna persona que se interese por mi: yo le agradezco esa buena obra. Pero, señora, no es asi, mis conocimientos son muy limitados.

OLIM. No os echeis por tierra: sé de cuanta valia es vuestro mérito. He tenido algunas ocasiones de conocerlo en casa de vuestro tio, donde no he podido menos de notar la elocuencia de vuestros razonamientos; y hoy me doy el parabien de poderos tener y admirar mas de cerca.

LOR. Señora, vuestra amabilidad...

ZAN. Qué amabilidad? La razon: la señora conoce como otro cualquiera...

OLIM. Y bien, amiguito, cuándo os casais? Quiero tanto á Zanetta. (*con ironia.*)

LOR. Mi tio dice que aun no es tiempo: que soy demasiado jóven, y me resta mucho que aprender.

ZAN. Toma; el señor Crisóstomo dice que debe estudiar mucho, y asi le hace pasar las horas enteras retirado en su gabinete.

OLIM. Lorencii, quereis ver el castillo? Zanetta, vé y muéstraselo. Hoy es nuestro huesped: que pasée por el parque y dé una vuelta al jardin: quiero que se distraiga y juzgue de mi retiro. No necesito deciros que nos acompañareis todo el dia: en el campo debe reinar la franqueza.

LOR. Agradezco vuestras bondades. Zanetta, vamos.

ZAN. Si, ven, y verás los peces: los hay de muchos colores. Forman un contraste! Ah, cuánto te va á gustar.

LOR. Con vuestro permiso. (*saluda y vanse.*)

ESCENA IV.

OLIMPIA *sola.*

Este hombre tiene trastornados mis sentidos; mi corazon arde en un fuego abrasador que le aniquila; su presencia me ha recordado aquellos dias felices en que digna del afecto de mi padre, disfrutaba la dicha del placer; pero ah! y cuán pasagera fué esta ventura! Los desvarios de mi mente me arrastraron al colmo del infortunio. Educada en un convento, mis ojos estaban cerrados á la luz, y mi imaginacion no iba mas allá de las dobles verjas del coro. Oh Laurentini! Nunca te hubiera conocido; tú vivirias aun, y yo no me veria aqui desterrada: si, desterrada por homicida. Y acabará aqui la cadena de mis males? Este jóven tiene cierta semejanza con el que fué otro tiempo el ídolo de mi corazon... Desde que le vi, no he gozado un momento de sosiego. Si, lo confieso, le amo: no he podido verle sin sufrir una sensacion violenta. ¿Y qué mucho, si hace dos años que no miro en mi rededor sino rudos aldeanos ó siervos ignorantes? Por fin hoy he conseguido que venga al castillo. Espero que saldré con gloria de mi empresa: con todo, la idea de que esta pueda malograrse, me entristece. Si este caso llegára! Infeliz! El furor de la venganza caeria sobre tu cabeza. (*se sienta.*)

ESCENA V.

OLIMPIA *y* LORENCII.

LOR. Suntuoso castillo. Señora, estabais ahi? Perdonad, si...

OLIM. No hay por qué: pronto habeis dado la vuelta. Tomad asiento.

LOR. Tanto favor...

OLIM. Yo os lo digo. Sentaos aqui. (*le señala un sillon.*)

LOR. Con vuestro permiso.

OLIM. Sabeis que me ha sido muy grato las veces que os he oido cantar? Poseeis en alto grado la música. Lástima que ese genio no luzca en otra parte. Por ejemplo, en los conciertos de algun señor veneciano. Ah! Una funcion de primer órden es digna de verse. No dudo que vos, bien fuera pulsando el harpa, ó al lado de alguna noble veneciana, no podriais menos de engrandecerla.

LOR. No, nunca. Sé cuanto tienen de perjudicial esas reuniones, en que las pasiones se exaltan y la juventud á veces se precipita. No las deseo, y antes bien las detesto.

OLIM. Pero quereis estacionaros para siempre en estos riscos? Ah! Eso seria horroroso!

LOR. Señora, quiera el cielo que jamás salga de ellos, pues es donde solamente puede hallarse la felicidad.

Olim. Con todo, mi amigo, yo debo ir á Venecia el próximo carnaval, y desearia que me acompañaseis.

Lor. Nunca, perdonad; amo tanto estos lugares, testigos de mi infancia, que me seria imposible abandonarlos sin pesar.

Olim. Vaya, que no son estos montes los que os detienen: creo que alguno de sus habitantes ha de tener gran parte en ello.

Lor. Lo confieso. Existe una criatura á quien por simpatía, por amor, y por mis juramentos, no debo abandonar nunca: ya sabeis quién es. Por otra parte, el venerable Crisóstomo, á quien debo cuanto soy en el mundo, ambos me tendrán para su apoyo: no los dejaré jamás. (Qué interés parece tomarse por mi!)

Olim. Mirad, Lorenzii, hablemos de otra cosa. «Bien puede llamarse dichosa, decia yo el otro dia, oyéndoos cantar aquel trozo de vuestra traduccion, la que tiene la facilidad de infundirle el fuego con que espresa las ideas de Metastasio; pero desdichada, ay de mi! la que no tenga mas que el deseo de ello.»

Lor. No conozco á nadie por quien pueda entenderse eso, porque aun cuando haya logrado interesar á una persona, no por eso me creo con mérito capaz para hacer desdichada á otra.

Olim. Tal vez haya alguna que... Pero aqui está Zanetta. (Qué importuna!)

ESCENA VI.

Dichos, y Zanetta.

Zan. Por fin os encuentro, señor Lorenzii; todavia podia yo estar dando vueltas por el jardin.

Olim. No, querida, no te desazones. Hablaba de la música, y ya Lorencii estaba inquieto porque no te veia. No es asi, amiguito?

Lor. La señora Olimpia dice la verdad. Cuando me hablaba, apenas la contestaba acorde, porque mi mente estaba lejos de aqui.

Olim. (Esto mas, yo me desespero.)

Zan. Cuidado que no vuelvas á perderte.

Olim. Os dejo; voy á escribir una carta que es urgente. (Ah! cruel! ó has de corresponder á mi amor, ó tiembla.)

ESCENA VII.

Zanetta y Lorencii.

Lor. Sabes que tengo ganas de marcharme? Dejé algo malo á mi tio, y esto me tiene inquieto.

Zan. Qué? No: algun constipado: ese empeño de levantarse al amanecer, tiene que costarle caro. Mira, la señora me tiene encargado cuide los pájaros, y hoy aun no lo he hecho. Ven y me acompañarás: no te pesará verlos, es la mejor pajarera de estos contornos.

Lor. Bien, iré, pero lo que mas deseo es salir de aqui: no olvido á mi tio. Vé, que ya te sigo.

Zan. Ahi es, en la galeria: mira que no tardes.

ESCENA VIII.

Lorencii *solo.*

No sé que sospechar de las miradas de Olimpia! Ya hace dias que me llamaron la atencion desde casa de mi tio. Ah! cuánto desearia poder separar á Zanetta de su compañia! Hay quien dice que está aqui desterrada por el tribunal de los diez. De cualquier modo, no deja de estrañarse que una señora jóven, y de la primera nobleza veneciana, habite ha dos años este castillo desierto, sin que ni aun visita se le conozca, á no ser ese misterioso Ricardo, que dicen ser su confidente, y el único de los dependientes del castillo que va á Venecia. Esto envuelve en sí algo de estraordinario, y yo he de tomar todas mis precauciones para librar á mi amada, tal vez, de un precipicio. Ella me espera, corro á su lado.

ESCENA IX.

Olimpia *y despues* Ricardo.

Olim. (*despues de observar la escena.*) No hay nadie, vamos, comencemos mi obra. (*á la puerta.*) Ricardo: Ricardo. (*sale este.*)

Ric. Señora, qué mandais? Estoy á vuestras órdenes.

Olim. Oye, Ricardo; bien sabes que jamás he dudado de tu lealtad, que me has acreditado con mil pruebas. La antigüedad que gozabas entre los criados de mi padre, te ha hecho afecto á mi persona, y las veces que me he valido de ti, has correspondido á mi confianza; pues bien, hoy tengo un asunto de grande interés, y necesito tu ayuda.

Ric. Podeis disponer de mi en cuanto querais. Siempre soy el mismo.

Olim. Hago confianza de ti. Oye, tú sabes mis primeros amores: que en la misma ra sacrosanta donde debia lucir la antorcha de himeneo, en vez de esta, solo resplandeció el puñal homicida: que desde aquella época llevo dos años de estar encerrada en este castillo, donde los mas crueles remordimientos corroen diariamente mi corazon; pues bien, la vida tiene sus periodos, y estos se han sucedido: mi corazon vacío por mucho tiempo de un recuerdo amoroso que le animára, se encuentra devorado por una pasion ardiente: ya conoces á ese jóven, sobrino del párroco del lugar inmediato: desde el momento en que le conocí, recuerdos de otra época vinieron á exaltar mi imaginacion. Al principio crei seria un capricho dimanado de la soledad, pero no, bien pronto quedé convencida de que amaba, cuando otra pasion mas fuerte, si cabe, vino á interponerse. Si, la de los celos: yo los tengo... Yo estoy celosa, yo estoy... desesperada.

Ric. Señora, calmad esa agitacion. Serenaos. Cobrad aliento y proseguid.

Olim. Pues bien: él ama á otra, me desprecia por ella; si, por mi doncella, por esa imbécil... por esa Zanetta, á quien aborrezco.

Ric. Permitid que os pregunte. ¿Es sabedor del interés que os tomais por él?

Olim. Hoy traté de insinuarle mis sentimientos, y al hacerlo, dijo que jamás abandonaria á Zanetta, y no sé que otras necedades.

Ric. Y en ese caso, señora, qué intentais hacer?

Olim. Escucha. Hoy está aqui, es preciso que le veas, que le hables, y con el resultado me buscarás en mi gabinete. Solo á ti se franqueará la entrada. Si se obstina, tengo un proyecto terrible... Si, pero no tanto como los tormentos que desgarran mi corazon. Vas á saber los secretos de mi pecho. Te juro que no se jactará de ellos impunemente.

Ric. Y bien, señora?..

Olim. Le hablas, le descubres todo lo que creas necesario: él no podrá salir de aqui; he dado órden para que se cierre el castillo, y no se abra á nadie sin mi permiso: ya sabes de lo que soy capaz... Ah! Ricardo! Qué recuerdo! Cuán infeliz soy! Crei triunfar en este dia, y me veo abatida. Esto es fatal... horroroso! Te dejo: vé á encontrarle, y llévame su respuesta. (*vá á irse y vuelve.*) No olvides que te aprecio, y que tengo oro para premiar á mis servidores.

ESCENA X.

RICARDO, *solo.*

Por fin se marchó: sus ojos despedian dos rayos de luz; un temblor convulsivo agitaba sus miembros: miedo daba de verla, y á mi, que tantas veces la he visto enfurecida! Todavia me acuerdo de aquella noche terrible que, entrando en mi cuarto con pasos desconcertados, con voz balbuciente, pero dura, me dijo. «Ricardo, yo te he creido siempre capaz de guardar un secreto,» y exijiéndome un juramento formal, prosiguió. «Yo soy mujer, pero soy italiana, y á una veneciana que ha navegado por el golfo Isis, y ha visto correr en derredor suyo los rios de lava que mana el Vesubio en sus erupciones, nada puede atemorizarla. Un hombre, á quien amaba, me ha hecho una injuria, me ha despreciado, y por lo tanto, le aborrezco, le maldigo.» Y qué quereis que yo haga? le dije. «Quiero que me des un puñal de buen acero y de punta penetrante. Toma este oro.» Dijo alargándome un bolsillo. «Si me eres fiel, nunca te faltará de este metal, pero si rehusas hacerlo, yo encontraré otro que te sustituya, y entonces teme mi furor.» Yo hice lo que cualquiera hubiera hecho. Acepté el cambio que me proponian. A pocos dias el señor Laurentinii, que debia desposarse con la señora, se dijo haber sido asesinado en la capilla de palacio. La señora desapareció, y no supe de alla en mucho tiempo, hasta que ha dos años me llamó á servirla á este castillo. Hoy trata de emplearme de nuevo, y en verdad que no sé que hacer... Al fin he nacido para obedecer... pero á propósito. No es el señor Lorenzii el que viene hácia aqui? Si, él es. Empecemos mi arenga.

ESCENA XI.

LORENCII *y* RICARDO.

RIC. Felices, señor Lorencii; no sabia que teniamos la dicha de ver á usted hoy en el castillo. Vamos, qué os ha parecido, en particular, la señora? Qué tal? (Sondéemosle.)

LOR. Bien: por la primera visita que he tenido el honor de hacerla, he recibido mil atenciones de su parte.

RIC. Pero, seamos francos, por su hermosura y talento, qué juzgais?

LOR. Que es digna de ocupar el corazon del primer señor de Italia.

RIC. Y si ese corazon estuviese entre estas breñas? ¿Si alguno de los naturales de estos montes hubiese hecho una fuerte impresion en el de la señora, no le envidiariais?

LOR. Yo envidiarle! Nunca. Ha muchos años que el mio se halla interesado por una persona, y os aseguro que todas las demas me son indiferentes.

RIC. Vaya, que no dejaria de mover vuestra ambicion el llegar á representar en Italia el papel á que vuestro talento os hace acreedor.

LOR. No reconozco mi genio, sino como bastante vulgar, y asi no sé de qué modo podria hacer ese papel que me insinuais.

RIC. Verbi gracia: por medio de un himeneo ventajoso. Si os unierais á una de las principales familias venecianas, su lustre y ascendiente os podria elevar sobre el vulgo de los demas hombres.

LOR. En cuanto á casamiento, tengo formada una idea, y esta será inmutable. Solo Zanetta ha de ser mi esposa. Es la única mujer á quien amo, y por quien todo lo sacrificaria.

RIC. Sin embargo, la idea de no salir nunca del pequeño círculo que os rodea, de no poder gozar de los atractivos que presenta el gran mundo; esta idea es horroro sa, y mas para vos, que pudierais ocupar un lugar distinguido.

LOR. Señor Ricardo, mi filosofía es en un todo contraria á la vuestra. Si mis ideas pueden sobresalir en Italia, lo mismo serán dimanadas de un rústico albergue, que de los entapizados salones de un senador. Este es mi sentir.

RIC. (Mucho dudo convencerle.) Aun no habeis visto las grandezas de este palacio, y quisiera mostráros las. Aceptais acompañarme á la biblioteca?

LOR. (No sé porque recelo de este hombre.) Bien, iré con vos.

RIC. Pues vamos, y seguiremos nuestra cuestion. (Haré el último esfuerzo.)

LOR. Marchemos. (*vanse.*)

ESCENA XII.

ZANETTA *sola.*

Dónde estará Lorencii? Pues está bueno: ya se me ha perdido. Vaya que hoy tengo que andar tras él; cuando lo mas natural seria que anduviese él tras mi. No sé por qué le encuentro taciturno; me ha dicho que deseaba salir de aqui, y eso que no ha encontrado sino obsequios á porfia.

ESCENA XIII.

OLIMPIA *y* ZANETTA.

OLIM. Zanetta, cuidaste los pájaros?

ZAN. Si señora, ya están corrientes.

OLIM. Crei te se habria olvidado. Vé á mi cuarto, y guarda la ropa blanca que encontrarás sobre mi cómoda.

ZAN. Voy al momento.

ESCENA XIV.

OLIMPIA *sola.*

No sabia por qué medio ocuparla. Me he cansado de esperar á Ricardo. Ahora tal vez estará hablando con Lorencii. Cuánto me alegraré que asienta á mis proposiciones; de lo contrario, triste suerte les espera á entrambos; pero no: el brillo de la córte y mi mano, no le serán indiferentes: y lo aseguro, ay de él si se equivocára.

ESCENA XV.

OLIMPIA *y* RICARDO.

OLIM. Y bien, Ricardo, qué nuevas?

RIC. Tristes, señora. Los rodeos fueron inútiles. Tuve que hablarle con claridad; ya sabe que le amais, y ha dicho que hoy mismo separará á Zanetta de vuestra compañia.

OLIM. Cómo! Será cierto? Lorencii sabe que le amo y me desprecia? Ah! no: no es posible. Tú te equivocas. (*enagenada.*) Si... tú te equivocas. Dime que corresponde á mi amor: dime que tambien me ama..... No es verdad que me ama? Que asiente á ser mi esposo?

RIC. Siento mucho aflijiros, señora, pero era forzoso: estas fueron sus palabras: «Yo amo á una muger, á quien mis juramentos me tienen unido: fuera de esta, todas para mi son menos que la misma nada.»

OLIM. Será posible? Eso te dijo? Bien, bien... Me desprecia, y me desprecia por otra? Tengo un proyecto, y espero que... que me ayudarás en él: que me serás fiel.

RIC. Señora, cuándo os he faltado?

OLIM. Si, si, tienes razon. Tú eres mi amigo... mi fiel

Ricardo: el único que se interesa por mi... pues bien... Sígueme... Un pensamiento horroroso... pero el único que puede vengarme.

ESCENA XVI.

LORENZII, *solo.*

¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi? Me habian pintado este castillo como la morada de los ángeles, y solo he visto en él intriga y seduccion. ¿Y esta muger tiene el atrevimiento de amenazarme si no correspondo á su amor? ¿Y su inmoral agente, ese Ricardo, el valor de ser el intérpete de semejantes ideas? ¡Dios de bondad! ¿Qué se hicieron las virtudes? Me proponen un casamiento brillante: un porvenir delicioso, y que sea perjuro... que olvide á Zanetta? ¡Ah! No, nunca. Esta misma noche partirá conmigo, y mañana ya estaremos al abrigo de mi tio, y bajo el amparo de las leyes. Confusamente he oido tienen órden de no abrir la puerta; tal vez será para obligarme á pasar aqui la noche: no lo lograrán: yo pediré á Olimpia me permita marchar con Zanetta bajo cualquier pretesto. Si me le negase, estoy resuelto; nos iremos á toda costa. ¿Pero dónde estará? Temo solo por ella: de una muger que tales ideas abriga, nada bueno debe esperarse. Yo velaré...

ESCENA XVII.

ZANETTA Y LORENZII.

ZAN. Cómo tan solo? Qué estabas haciendo? Con quién hablabas? Estás agitado? ¿Qué te sucede? Comunícame tus penas.

LOR. Si, querida Zanetta, es indispensable, es preciso que lo sepas. Oye. En este momento se está tal vez tratando de nosotros. La señora...

ZAN. En su gabinete está encerrada con Ricardo.

LOR. Ya me lo habia figurado; Zanetta, es forzoso marchar de aqui á toda costa; en el momento.

ZAN. Pero, ¿qué novedad? ¿Qué causa hay para esta agitacion? ¿Qué peligro nos amenaza?

LOR. Lo ignoro: pero una muger altiva que está celosa, es capaz de todo.

ZAN. Cómo!... Qué dices? La señora está celosa? Y de quién? De mi tal vez!... Si, si. Todo lo comprendo. Huyamos, huyamos por Dios. Lorenzii, Lorenzii, no me abandones. (*cae desmayada en los brazos de es e.*)

LOR. Yo abandonarte? Nunca. Oh Dios! se ha desmayado. Zanetta, Zanetta.

ZAN. Ay!

LOR. Ya respira. Vengan los verdugos. Yo los desafio. Muramos, pero muramos juntos. Zanetta, querida de mi corazon, animate. Ante el Ser que gobierna el firmamento, te reitero mis protestas, mis juramentos, tuyo ó de la tumba.

ZAN. Alguien viene... tengo un temblor... No te separes de mi...

LOR. Ten valor. La puerta del cuarto de Olimpia se ha abierto. Ya sale. Descuida que aqui está tu Lorenzii.

ESCENA XVIII.

Dichos, OLIMPIA Y RICARDO.

LOR. Con vuestro permiso nos marchamos en este momento. Dejé á mi tio algo indispuesto, y Zanetta os pide licencia para asistirle.

OLIM. Qué, quiere dejarme? Bien, puede hacerlo cuando quiera. (La cólera me ahoga.)

LOR. En ese caso, os damos mil gracias.

OLIM. Esperad; Ricardo?

RIC. Señora?

OLIM. Haz que pongan el coche para conducir á Zenetta al lugar.

RIC. Voy al instante.

ESCENA XIX.

Dichos, menos RICARDO.

OLIM. Y qué tiene vuestro tio? Estraño no me digeseis antes su indisposicion.

LOR. No quise asustar á Zanetta; pero ahora que preguntais el motivo de nuestra marcha, me ha sido forzoso deciroslo.

OLIM. Y tú, Zanetta, qué tienes? Estás triste.

ZAN. Si señora.

LOR. Es muy propio ese sentimiento. Acaba de saber el motivo porque os deja, y esto justifica su tristeza.

ESCENA XX.

Dichos, y RICARDO.

RIC. El coche está pronto.

OLIM. En ese caso podeis marcharos cuando gusteis.

LOR. No era necesario. Está tan próximo...

OLIM. Si, pero salis de mi casa, y han de verse despedir mis convidados: por otra parte, la noche está avanzada, y asi llegareis mas pronto.

LOR. Señora, mi corazon conoce vuestros favores, y los agradece. El cielo os haga feliz. Vamos, Zanetta.

OLIM. Id en buena hora, mis amigos, y sabed me queda el consuelo de que nos veremos pronto.

ZAN. Señora, quedad con Dios. (Yo me ahogo.)

ESCENA XXI.

OLIMPIA Y RICARDO.

OLIM. Ricardo, está todo dispuesto?

RIC. Si, señora, como mandasteis.

OLIM. Los caballos están enganchados? Los que nos han de acompañar están prontos?

RIC. Todos, señora.

OLIM. Bien; sigueme. Han de acordarse de mi: me alienta la idea de que muy en breve los tendré á mis pies, pidiéndome la vida. ¿No es verdad, Ricardo, que será un triunfo ver humillado en mi presencia al orgulloso Lorenzii? ¿Y quién sabe? Despues... Tal vez me pedirá perdon y que le devuelva mi afecto.

RIC. Mucho lo dudo.

OLIM. Cómo! Me desecharia aun? Corramos, volemos á su encuentro. ¡Ay de ellos si se obstinasen! La luz del sol no volveria á brillar para sus ojos! Marchemos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO SEGUNDO.

LA ENTREVISTA.

La escena representa la isla de Strozzi; á la izquierda habrá un gran promontorio de peñascos que dejen la subida practicable hasta otro que representa la entrada de una caberna, y el cual se mueve sobre sus goznes por un resorte interior. Varios arbustos y breñas: à la derecha un espeso bosque, terminando en un monte. Al frente se deja ver entre las rocas el golfo Adriático, distinguiéndose á lo lejos las antiguas torres de Venecia por la parte del Norte. Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

SIR MAY *y el* GONDOLERO.

Al levantarse el telon se percibe una góndola que viene remando de la parte de Venecía. Sobre ella se ve á Sir May y al Gondolero, el que al son de los remos canta los siguientes versos.

Es mi góndola ligera
Y la llaman el Nadir,
Y con vida placentera
Saco yo para vivir.
Es mi góndola mi todo,
Y en el golfo cristalino
Son los remos el tesoro
Que me deparó el destino.

(*en el momento de concluir, toca en las rocas la góndola.*)

SIR MAY. ¿Es este el sitio donde debemos tomar tierra?

GON. Si, monseñor. Es el punto de la isla donde el mar se encuentra mas á propósito

SIR MAY. Pues aferra la góndola, que voy á saltar.

GON. Podeis hacerlo sin cuidado. (*saltan.*) Amarrémosla aqui, y descansemos.

SIR MAY. Ni aun reptiles se perciben en este islote.

GON. Monseñor, hace mas de veinte años que soy gondolero, y solo una vez he pisado esta isla, y eso porque fui demasiado curioso.

SIR MAY. No os comprendo...

GON. Pues oidme: era una de aquellas hermosas noches de verano, en que tanto gustan los señores de Venecia tomar el fresco en las góndolas: paseando por el golfo, yo esperaba en la mia que alguno viniese á pedirla; habian pasado mas de dos horas, ya desesperanzado de que me ocupasen, y convidándome, por otra parte, el aire que soplaba de Venecia, á dar una vuelta por el agua, eché los remos, y comenzé á caminar. A poco rato adverti que me habia alejado demasiado. Trataba en esto de variar mi rumbo, cuando de repente hirieron mis oidos unos tristes clamores atraidos por el viento: me paré á observar y distingui una luz hácia esta parte de la isla, de cuyo sitio parecian salir los gemidos.

SIR MAY. (*con interés.*) Y bien, vos entonces?...

GON. Yo creyendo seria algun desgraciado que se veia acosado de alguna fiera; dirigi la góndola hacia aqui, y con objeto de que supiese habia quien le socorriera, comenzé á cantar aproximándome á la tierra.

SIR MAY. Y despues, qué?...

GON. De repente se apagó la luz: cesaron los clamores, y no volvi á ver ni oir cosa alguna, á pesar de que bajé á este sitio y recorri parte del bosque.

SIR MAY. (Qué rayo de luz!)

GON. Por lo que, creyendo habria sido una ilusion ó tal vez un sueño, tomé de nuevo mi góndola, y me marché á Venecia.

SIR MAY. Y, ¿qué tiempo habrá de ese acontecimiento?

GON. Hará unos cuarenta dias, con corta diferencia.

SIR MAY. El sol acaba de llegar al fin de su carrera; ya te he dicho que trato de pasar la noche en esta isla, desde donde he de observar el curso de los planetas, y tal vez hacer un descubrimiento ventajoso; por lo tanto puedes retirarte á Venecia, y no olvides te espero al amanecer, que en caso de no dejar la isla, te daré mis órdenes.

GON. Pero, Monseñor, por último, estais empeñado en quedaros aqui? Si mi compañia puede seros útil...?

SIR MAY. No, te lo agradezco. Me encuentro bien armado y con bastante resolucion para no temer nada adverso. Por otra parte, tan solo hace seis dias que llegué á Venecia; no sé que tenga ningun enemigo. A mi patron es, y apenas le conozco, y seria una niñada temer el ser acometido en este parage, que me han asegurado se halla desierto.

GON. En cuanto á eso teneis razon: pero algun animal... por ejemplo el...

SIR MAY. Te repito que tengo armas. La brisa de la tarde va á desaparecer, y el recio vendebal hace espirar el dia. Puedes marcharte. (*se deja ver la luna.*)

GON. Con que hasta mañana? Monseñor, que paseis buena noche. Dios quiera que no os suceda ninguna desgracia!

SIR MAY. Te lo agradezco, buen hombre. Vé con Dios.

GON. El os libre de todo mal (*toma la góndola y cantando se aleja.*)

Cuan sereno y delicioso
Esta noche miro al mar;
En albergue silencioso
El reposo espero hallar,
Espero....
Hallar... hallar....

ESCENA II.

SIR MAY, *solo.*

(*mira tomar la góndola y al desaparecer dice.*) No ha dejado de darme alguna luz este hombre con su relacion. «Hará unos cuarenta dias,» dijo; con efecto, me aventuro á creer que fué el primero de las desgracias de la persona incógnita que padece en este sitio. Dichoso yo si el solo pensamiento que me hizo subir á la góndola con la intencion de respirar el aire puro de estos mares, pudiera servir para dulcificar la suerte de un semejante mio! ¡Qué inspiracion sobrenatural me hizo coger aquella concha que giraba impelida por las ondas! Un billete escrito con sangre, y encerrado en su centro, convidaba á cualquiera que le encontrase á ver los horrores de estos sitios. Aqui le tengo. No le he dejado un momento. (*lo saca y lee.*) «Cuanto puede inspirar el terrible furor de las pasiones, se encuentra en la caverna de Strozzi.» ¿Y titubearia yo seguir los impulsos de mi corazon, que me instaba á descubrir este arcano? No, tal vez sea elegido por el destino para calmar los tormentos de algun infeliz. Veamos el estado de mis armas. (*saca dos pistolas.*) Están corrientes. Mas ¿de qué medio pudiera valerme para encontrar la entrada de esta misteriosa caverna? Solo he sabido debe estar hácia esta parte. Este pobre hombre que me ha conducido, hubiera podido darme alguna idea; pero era meterlo en curiosidad, y no convenia que sospechase nada. Por otra parte, el silencio de estos lugares los hace mas horrorosos: el resplandor siniestro de la luna... esta praderia árida y seca... estas arenas amontonadas... y el lejano zumbido de las olas, todo contribuye al misterio... al pavor. Sin duda esta caverna se halla regada con la sangre de algunas ilustres victimas. Ni el chacal del desierto turba con su graznar el sueño de las aves, que esperan el primer albor del dia. (*suena ruido como subterráneo.*) Pero no me equivoco. (*despues de escuchar.*) Un murmullo sordo y lejano ha herido mis oidos: parece salir de aquella parte. (*señala la caverna.*) Se asemeja al ruido que produce una cadena que se arrastra.. (*se acerca á ella.* Sea lo que fuere, he de descubrirlo: parece haber cesado... pero, oh Dios! Esta piedra se mueve. Detrás de este abebul podré observar. (*saca sus pistolas y se oculta.*)

A este tiempo se abre el peñasco que sirve de puerta á la caverna. Se percibe el resplandor de una luz, y se deja ver á Ricardo con un farol en una mano, y que con

la otra trae asido á Lorenzii de una cadena. Este en el mismo traje que tuvo en el acto anterior, y que se supone ser con el que lo aprisionaron, pero bastante descompuesto. La barba crecida y las melenas desaliñadas. Ambos bajan al proscenio.

ESCENA III.

Sir May, *oculto*, Lorenzii y Ricardo.

Ric. Podeis sentaros; ved vuestro sitio. (*le muestra una peña, que estará al pie de un arbol, en la que se sienta Lorenzii. Ricardo amarra la cadena al mismo, deja el farol y saca su pipa.*)

Lor. Qué hora tenemos?

Ric. Serán las doce.

Lor. Media noche! Ah! para mi son iguales todas las horas, pues que las marca el dolor. Será posible que la muerte sea una cosa vedada para mi? Qué triste vida!

Ric. Por San Marcos, que en vuestra mano está el hacerla agradable. Vos mismo sois la causa de vuestras desdichas. Yo os juro que seriais el mas dichoso de los hombres si fuerais dócil.

Lor. Oh Dios! Si es necesario redimir la libertad á costa del honor, y separarme del camino de la virtud, prefiero esta caverna á ella: mas quiero morir con la que amo, que vivir al lado de la que aborrezco.

Ric. Bellas ideas! Aborrecer á una muger peregrina, y amar á la que nunca puede ser vuestra?

Lor. (*con tono severo.*) Ricardo, vuestra mision aqui es para custodiarme, no para darme consejos. (*afligido.*) No es bastante que dispongais de mi cuerpo, sino que tambien quereis hacerlo de mi corazon?

Ric. Quedaos con vuestras ideas; yo voy á respirar el aire libre consumiendo mi pipa. Refrescaos, que al punto estoy aqui para que nos retiremos. (*vase por las rocas.*)

ESCENA IV.

Lorenzii y Sir May, *oculto*.

Lor. Vé con Dios, hombre inhumano; cruel agente de la mas vil de las criaturas. (*queda pensativo.*)

Sir. May. (*desde su puesto.*) Hagamos algun ruido para que mi vista no le sorprenda. (*lo hace.*)

Lor. (*volviendo en si.*) Qué es esto? Qué rumor? Pues mi verdugo marchó ya. Quién podrá ser?

Sir May. (*saliendo.*) Vuestro libertador.

Lor. Cómo? Un hombre en este sitio! Qué casualidad os ha traido aqui?

Sir May. La mano de la providencia, que vela por la inocencia oprimida.

Lor. Dios de bondad, yo te bendigo!

Sir May. Lo que es menester es salvaros.

Lor. Me parece imposible.

Sir May. Còmo imposible? Estoy resuelto á ello. Tengo armas, y el valor para libertaros no me faltará.

Lor. Hablad bajo. Podrian sorprendernos. Estais solo?

Sir May. Si, pero á nadie necesito.

Lor. Ah! os espondriais, y en ese caso todo lo perderiamos. Escuchad, ademas de ese hombre que habeis visto, hay otros dos dentro de la caverna, que á la primera señal, estarian aqui. Todos tienen armas; la contienda seria muy desigual, y el resultado nuestra muerte.

Sir May. Y en ese caso?...

Lor. Yo os diré, generoso libertador mio: lo que habeis oido de mis desgracias, por mas horroroso que os haya parecido, no puede daros una idea de lo que todavia ignorais. Si como lo creo, teneis buen corazon, y quereis ser el protector del mas desgraciado de los mortales, hallaos en este sitio de aqui á tres noches; es el último plazo que se me ha otorgado. A vuestra llegada, ved si hay una barca amarrada á la orilla, es señal que mis verdugos están dentro. La contraseña para la puerta os la diré: tocando á la piedra que cubre la entrada, oiréis pronunciar la voz de «traicion;» respondereis «venganza,» y se os abrirá al punto, creyendo sois de la comitiva. Apoderaos del primero, introducid la gente que os acompañe, y sorprendereis á los que esten dentro. Si la barca no estuviese, es que aun no han llegado. Vuestro porte me hace confiar de vos: sentiria mucho que no me sacaseis de este horrible sitio.

Sir May. Descuidad; os juro morir, ó libertaros. El destino me deparó una concha fluctuante sobre las olas, y este papel...

Lor. Si, si, el contenido de ese billete fué escrito con mi sangre.

Sir May. Tened confianza, ilustre jóven, que de aqui á tres dias estaréis libre, y la ley, cuyo auxilio imperpetraré, castigará cual lo merecen á vuestros tiranos. Con todo, yo quisiera saber...

Lor. (*suenan pasos.*) Es imposible. No ois? El es.

Sir May. A Dios. (*se oculta.*)

Lor. El os guie, y proteja vuestros pasos.

ESCENA V.

Sir May, *oculto*, Lorenzii y Ricardo.

Ric. (*tomando el farol.*) Volvámonos.

Lor. Tan pronto?

Ric. Ya os tengo dicho es en vano replicarme. Ea, vamos.

Lor. Vamos al asilo de la muerte. (*se retiran del mismo modo que salieron.*)

ESCENA VI.

Sir May, *solo*.

(*despues que se cierra el peñasco, deja el arbol.*) Ya cerraron la abertura: apenas he podido hablar á ese desgraciado: ni aun ha tenido tiempo para declararme su nonbre, y cuál sea el motivo de su triste vida. Con todo, por la conversacion que he oido, y lo poco que ha podido decirme, estoy por asegurar que es victima de alguna pasion ardiente, tan comun en estos climas. Alguna muger poderosa le hace sufrir sin duda tan fatal destino; ¿por qué ha dicho que preferiria morir con la que amaba, á vivir al lado de la que el era aborrecida? Estará tal vez prisionera con el su amante, y esta caverna encerrará tan desventurada pareja? Pero en ese caso, por qué no sale con él?.. Porqué hablar de la muerte? Se trata por ventura de sacrificar á entrambos? Las insignificantes palabras del carcelero me dejan aun mas confuso. Aqui se está ejecutando una injusticia, y no será estraño se prepare un crimen. La providencia me ilumina. Yo sabré arrancar el misterioso velo que envuelve este acontecimiento. Mañana me presentaré al gefe del Consejo, y le pediré justicia. Si me la negase, yo mismo sabré morir cumpliendo el deber que á todo buen inglés le prescribe el honor. Sin embargo, está adelantada la noche: estoy cansado y quisiera reposar hasta el alba: el hacerlo en este sitio, seria espuesto: buscaré entre la frondosidad del bosque un arbol cuya copa me sirva de lecho. Tú, Dios de bondad, que velas sobre la inocencia, guia mis pasos: logre yo salvar esta victima de las garras de sus verdugos, y sucumban ellos bajo la

égida de la ley. (*se dirige hacia el bosque: En este momento se oye á Lorenzii con voz fuerte y dolorosa prorumpir desde adentro y como de un subterráneo.*)

LOR. Dios mio, Dios mio, maldicion sobre ella!!!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

LA DENUNCIA.

La escena representa una galeria corta con tres arcos grandes al frente, que dan vista al salon de baile que estará perfectamente iluminado. Cerca del proscenio, á la izquierda, habrà una mesa con tapete, y en él bordadas unas armas que figuran ser de los Feuduciis y Cornaros, sobre ella dos bugias, una escribania de oro y papeles, y delante de la misma un sillon ducal, que asi este como los demas muebles, deberán ser del gusto gótico.

ESCENA PRIMERA.

ESCELINO, MAFESTO Y BOHEMUNDO.

Al abrirse la escena aparece el salon lleno de máscaras: algunas comparsas bailando; despues de un corto intervalo salen del salon y se dirigen al proscenio Escelino y Mafesto de dominós, quitándose las caretas, y por otra puerta lo hace Bohemundo que se les incorpora.

ESCE. Magnifico está el salon; las luces se encuentran por cientos, y las hermosas no pueden numerarse.

MAF. Mirad, señor Escelino, visteis aquella máscara que bailó la segunda contradanza con el jóven Baroni? Aseguran es la hija del conde Guiustiniani. Otra se acercó á reconocerla, y apenas pronunció este ilustre nombre, huyó de repente y la vimos perderse entre la multitud.

BOHE. Y aun no se ha vuelto á presentar en el salon. Su trage era particular; sin duda habrá ido á mudarse.

MAF. Pues yo os aseguro, señor secretario, que aun cuando se vistiera de varon, habia de conocerla. Es ya empeño el que he formado, y tengo tan delineado su talle en mi imaginacion, que entre cien comparsas habia de sacarla.

ESCE. Parece que os ha chocado; pues si como hemos creido fuese Olimpia, no os envidio vuestra dicha. Ya sabeis la historia de su vida, y cual fué la suerte del noble Laurentinii, destinado para su esposo, que ha dos años descansa en el sepulcro!

BOHE. Creo que todo lo que hablemos en este asunto es aéreo. Esa muger está espiando un delito, y yo no imagino que llegase á tal estremo su audacia, que estando desterrada por el tribunal, tuviese valor de presentarse nada menos que en el palacio de su mismo presidente.

MAF. Ah! En cuanto á eso, una belleza que viene á honrar con su presencia un sarao, es disculpable de todo.

ESCE. (*con indignacion y gravedad.*) Mafesto, estraño mucho que un individuo de los cuarenta, un patricio que acaba de tener entrada en el consejo de los Diez, piense de ese modo. Ved que vuestro ministerio os prescribe mas gravedad para los asuntos de estado.

MAF. Señor Escelino, jamás he guiado mis operaciones por el dictámen de otro, y sabed, que ni vuestra edad, ni la antigüedad que os distingue en el consejo, os dan derecho para reprenderme como si fuese un niño. Y si vuestras canas no me impusiesen respeto, yo os diria...

BOHE. Calmaos....

ESCE. Y bien, que diriais, jóven inesperto, á quien abruman las reconvenciones de un anciano que solo son dictadas por la esperiencia? Qué podriais decir de que no os avergonzáseis despues?

BOHE. Vaya, señores, cese todo encono: mirad cuantas máscaras cruzan los salones: que diversidad de trajes; que contraste forman sus colores. (*se dirige al salon.*)

MAF. Amigo Escelino, dispensad: crei que vuestro tono era de reconvencion, pero ahora conozco que fué solo dictado por la amistad.

ESCE. Dispensado estais: mas espero que este acontecimiento os hará en adelante pesar mas vuestras espresiones.

BOHE. (*acercándose.*) Señores, por supuesto que ya se acabó todo; siempre buenos patricios.

ESCE. Para mi el odio es una pasion desconocida, y os aseguro que jamás ha tenido entrada en mi corazon.

MAF. Señor Escelino, dadme esa mano. Voy á ver que tal andan los tapetes napolitanos: cuidado que os espero á consumir una botella de Chipre.

ESCE. Aunque no soy bebedor os acompañaré.

BOHE. No haré falta. Os lo prometo, y alli brindaremos por la bella desconocida.

MAF. Señores, hasta luego.

ESCENA II.

Dichos, menos MAFESTO.

ESCE. Lo que es un jóven cuyos órganos intelectuales no se encuentran aun firmes! Qué perjudicial es para esta edad el orgullo! Es lo único que me disgusta en Mafesto.

BOHE. Señor, qué quereis que den de si veinte y seis años?

ESCE. Con todo, de poca mas edad ya daba yo mis dictámenes en el consejo, y despues he conocido que algunos no carecian de fundamento. Verbi gracia. Cuando sostuve que para sea miembro del Consejo de los Diez debia el individuo haberlo sido lo menos doce años del de los cuarenta: asi como contar treinta y cinco de edad.

BOHE. En cuanto á eso no puedo menos de daros la razon. Para gobernar es necesario haber sido gobernado; no en la edad infantil, sino en aquella en que el hombre es susceptible de esperiencia, y dado el paso al poder, tiene algun fundamento para conocerse á si mismo y conocer á los que manda.

ESCE. Apruebo vuestra doctrina; pero sabed que no está en uso. Marchemos á buscar á Mafesto, no diga nos negamos á su convite.

BOHE. Tal vez lo sospecharia. (*vanse.*)

ESCENA III.

OLIMPIA *sola.*

(Desde este momento comienza la agitacion en el salon como de retirarse algunas máscaras: cesa el baile y la música, y al final de esta escena queda del todo desierto. Olimpia sale del salon y se dirige al proscenio. Llevará trage de máscara contemporáneo. Despues de mirar la galeria, y convencida de que no la observan, se quita la careta y sentándose en el sillon dice.)

Por fin puedo respirar libremente. Mas de una vez me ha pesado haber asistido á esta concurrencia. Crei que en ella podria encontrar alivio á mi angustiado corazon, y solo he visto recuerdos que me han hecho mas insoportable mi situacion. No sé quién seria el máscara que pronunció mi nombre. Solo una pronta huida, y la mucha concurrencia, pudieran librarme de ser reconocida. Sin duda era algun agente de ese tribunal inexorable. Qué vergüenza si la principal nobleza veneciana hubiera visto en este sitio, y disfrazada, á la

que cree viajando en Rusia! Y cuál la venganza del tribunal al ver me presentaba en público burlando su destierro?.. Cuán aciaga es mi existencia! Cuán crueles mis dias! Ah! Y el único que pudiera dulcificar mis penas, es el que me hace apurar hasta las heces la copa de la desesperacion! Cruel Lorencii! Pudiste volver la calma á mi corazon emponzoñado por el crimen: pudiste ser feliz y labrar mi dicha; lo has rehusado. Ay de ti, si insistes en tu empeño! Dentro de dos dias no serás de Olimpia, pero tampoco de Zanetta. Pertenecerás, si, á la tumba. Marchemos de estos sitios. La idea de poder ser descubierta, me horroriza. Cubrámonos el rostro y marchemos. (*se pone la careta, y al irse sale Maffesto que la detiene.*)

ESCENA IV.

OLIMPIA *y* MAFFESTO.

MAF. Máscara, espera: dónde vas sola?
OLIM. Qué quieres? No te conozco.
MAF. Escucha, aceptarias mi brazo hasta tu coche?
OLIM. No, que tengo comparsa, y voy á buscarla. (*va á irse.*)
MAF. (*deteniéndola.*) Pues antes quiero saber quién eres, y que admitas estos confites.
OLIM. Guárdalos, que yo no los quiero. He arrojado una porcion esta noche: puedes conservarlos para aquella máscara que tanto te mira.
MAF. No la veo.
OLIM. Alli. Aquel bulto negro... mírala... te está llamando. (*al mostrarle la galeria, Maffesto se esfuerza á ver si distingue algun objeto, y en tanto Olimpia se escapa.*)
OLIM. Me salvé!

ESCENA V.

MAFFESTO *solo.*

Te equivocas... Tu fantasia te representa objetos que no existen... (*se vuelve.*) Pero se ha marchado: pues no ha estado mala la burla! Ah! Ya seguiré yo tus pasos. (*vase.*)

ESCENA VI.

PRESIDENTE *y* BOHEMUNDO.

(*Vénse algunas máscaras sueltas cruzar el salon. Las luces se van apagando.*)

PRE. (*despues de mirar los salones.*) Cesó el ruido del baile. Todo el concurso ha desaparecido. ¿No es verdad, Bohemundo, que la concurrencia ha sido brillante?
BOHE. Señor, la nobleza veneciana ha mostrado en ella sus hermosuras y sus galas.
PRE. He quedado satisfecho de la funcion; te confieso que me he distraido algun rato.
BOHE. Será posible?
PRE. Si, pero eran tan cortos los momentos de placer!... Ah! Y con cuanta vehemencia sucedian á ellos las tristes ideas que ha veinte y cinco años desgarran mi corazon!
BOHE. Desechadlas de vuestra imaginacion: ved que el dolor solo servirá para acrecentar vuestros males. Debeis distraeros.
PRE. No, Bohemundo, nada es bastante para calmar mi afliccion. La pérdida de mi hijo dejó una llaga en mi corazon, que solo la losa sepulcral podrá cerrar. Mira... Acércate... No se me olvida aquel momento. Era la noche, mi pobre Elisa acaba de darle á luz, yo le consideraba en los brazos de la que debia ser su madrina, cuando de repente se abre la puerta..... Oh Dios! Era mi padre... Era el primer magistrado de Venecia: sus esbirros habian sorprendido el secreto de nuestro matrimonio. Se lo habian revelado todo, y este padre que se creia ofendido, queria vengarse de mi silencio; yo me arrojé á sus pies; ni las lágrimas ni las amenazas pudieron calmarle; mandó que me condujesen á su palacio, no volvi á saber de mi hijo, y su madre espiró de dolor á los tres dias.
BOHE. Calmaos, señor... A qué esos recuerdos?
PRE. Mira, el delito que en mi veia mi padre, solo consistia en la pobreza de Elisa, y su clase que era de esa que llamamos pueblo. Las preocupaciones de antiguos timbres cerraron sus oidos á los gritos de la naturaleza, y en cuanto supo mi amor, juró vengarse.
BOHE. Y despues, no pudisteis indagar?..
PRE. No, mi padre tenia muy bien tomadas sus medidas, y cuantas pesquisas hice fueron infructuosas. Solo antes de morir, cuando ya las fuerzas le faltaban, me llamó á su lecho, y presentándome esta sortija que jamás abandono, me dijo: «tu hijo... existe.» En este momento fué acometido de la última congoja. Entonces, apretándome la mano, pronunció algunas sílabas, que no comprendi. Yo mostraba mi incertidumbre y dolor, cuando reuniendo todo su espíritu, pronunció estas palabres. «Es igual... El lleva otra...» y espiró.
BOHE. Pues, señor, yo creo que no debeis perder la esperanza; pero á vuestra salud importa olvidar este acontecimiento.
PRE. No, no. Mi hijo... Yo quiero á mi hijo. Por solo verlo, daria mi toga, y la mitad de mis tesoros, Abrazarle una sola vez, y morir despues. (*en este momento se empieza á ver claridad.*)
BOHE. Confiad en el destino. Ese misterioso anillo...
PRE. Solo esa idea me anima. Es preciso que sea un retrato de su madre, y como la amaba tanto, eso contribuye para que quiera mas á mi hijo. Qué hora es?
BOHE. (*acercándose á la puerta lateral.*) Señor, el reloj de la galeria señala las seis.
PRE. No crei que seria tan entrado el dia. Este baile ha durado mas de lo acostumbrado.
BOHE. Como que pocas comparsas han hecho uso de las luces. Quereis tomar algun alimento?
PRE. No, despues. Me encuentro con vigor.

ESCENA VII.

Los dichos y el UGIER.

UGIER. (*despues de hacer una reverencia.*) Monseñor, un caballero, al parecer estrangero, se acaba de presentar á la puerta del palacio, y dice quiere ser conducido á la presencia de Monseñor, el Presidente del Consejo.
PRE. Y no le habeis dicho que no es la hora en que yo doy audiencia?
UGIER. Si, Monseñor, y él insistiendo en que lo anunciase, dijo que tenia que revelar un asunto de importancia, que exigia la mayor prontitud.
PRE. Decidle que entre.

ESCENA VIII.

Dichos, menos el UGIER.

BOHE. Cuán temprano comenzais hoy á ejercer vuestro ministerio.
PRE. Es mi obligacion. Desde que nace el sol un dia ha-

ta que vuelve á hacer otro dia, mi deber es administrar justicia.

ESCENA IX.

Dichos y SIR MAY.

(*Aparece este en el fondo, conducido por el Ugier que le muestra al Presidente y se retira.*)

SIR MAY. Señor...

PRE. No os detengais. Cualquiera que fuese vuestra clase, ó el negocio que os trae á este sitio, acercaos.

SIR MAY. Señor, ante todas cosas tengo dos gracias que pediros. La primera, que dispenseis la hora y trage en que me presento. Acabo de dejar la góndola que me ha conducido de cinco millas de Venecia. La otra que me otorgueis una audiencia particular.

PRE. Podeis hablar.

SIR MAY. Es á vos solo, señor, á quien tengo que hacerlo.

PRE. Bohemundo! (*le hace una señal y este se retira.*)

ESCENA X.

Dichos, menos BOHEMUNDO.

PRE. Ya estamos solos. Tomad asiento, y esplicaos.

SIR MAY. Señor, vengo á reclamar justicia del primer magistrado de Venecia. Venganza contra un atentado atroz que está para ejecutarse.

PRE. Y bien, qué atentado es ese?

SIR MAY. Prestadme atencion. Casi por una revelacion de la providencia, llegó á mis manos este papel. (*se lo da y lee para si.*) Como por él se manifiesta, el furor de las pasiones se encontraba en la caverna de Strozzi; impelido por la curiosidad, me hice trasladar á esta isla.

PRE. Y qué habeis descubierto?

SIR MAY. Tomad, señor. Ved ese libro de memorias, donde he trasladado durante la travesia cuanto en ella he visto. (*le dá un librito por el que pasa la vista el presidente.*) Yo he jurado salvar á ese desgraciado. Bajo este concepto vengo á pediros, monseñor, el auxílio que la ley dá al oprimido.

PRE. Lo tendreis, si, lo tendreis. Os doy las gracias en nombre de la república, por el valor que habeis manifestado, revelando una cosa que tal vez interese para vuestra seguridad. Me parece que estareis pronto en convertir esta conferencia en denuncia legal?

SIR MAY. Protesto que para salvar á ese jóven, todo lo arrostraré.

PRE. Tambien sois digno de alabanza, pues que al papel de un infame delator que asesta sus tiros en la oscuridad y por la espalda, habeis preferido el de un leal denunciador que provoca un enemigo de la humanidad, queriendo medirse cuerpo á cuerpo con él ante la ley, y en presencia de la justicia.

SIR MAY. Cuando la intencion es recta, el corazon está tranquilo. Conservando el honor que tengo siempre por norte, antepuse este medio al de valerme de las bocas de bronce que existen bajo los pórticos de San Marcos.

PRE. Está bien. Podeis retiraros cuando gusteis.

SIR MAY. Quereis saber las señas de mi posada?

PRE. No es necesario. Mañana á la noche irán á buscaros á ella. No os sobresalteis con las formalidades de que el consejo se acompaña. Aunque el gobierno de la república tiene por móvil el terror indispensable para mantener la autoridad en los grandes y la dependencia en el pueblo, tambien sabe estimar la virtud, y dar su lugar á las buenas acciones. Seguid con toda confianza á los que el tribunal mande á buscaros. Ya estará todo dispuesto, y nombrados los que han de trasladarse á la isla. Vos nos acompañareis. El aparato de la cuchilla puede hacer perder el color al delincuente, pero por qué se ha de atemorizar el hombre de bien con ella, cuando solo se esgrime para protejerle?

SIR MAY. Mi presencia puede ser útil?

PRE. No, podeis marcharos. Solo os encargo que en la noche de mañana no dejeis vuestra casa.

SIR MAY. Así lo haré. Quedaos con Dios.

ESCENA XI.

PRESIDENTE *y* BOHEMUNDO.

(*Al irse Sir May, el presidente toca una campanilla y entra Bohemundo.*)

BOHE. Qué quereis, señor?

PRE. Para mañana al anochecer es necesario un esquife grande y con ocho remeros. Dad tembien las órdenes para que se prevengan los Ugíeres del consejo, y veinte soldados.

BOHE. Lo haré como ordenais, señor.

PRE. Se trata de un negocio de importancia, y el menor descuido podria hacer morir á una ó dos víctimas. Ahora disponed que apresten mi góndoln. Ya es hora de ir al consejo. Vos me acompañareis. Id, que ya os sigo.

BOHE. Estoy á vuestras órdenes.

ESCENA XII.

PRESIDENTE *solo.*

Qué peso tan insufrible para el corazon es el tener que hacer justicia! Este es mi destino. Si. Pero cuán doloroso es firmar cada dia una sentencia de muerte. No sé porque esta última denuncia me tiene zozobroso. Nuevos criminales... Nuevos cadalsos. Pero qué seria si no se castigase al culpable, salvando al inocente? Vamos al consejo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y CUADRO TERCERO.

ACTO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

EL RECONOCIMIENTO.

La escena representa una vasta gruta ó caverna cuya bóveda aparecerá sostenida por grandes é informes peñascos, de los que penden grupos de staláctites. A la mano derecha, y en el segundo término, se vé una concavidad en la roca, la que figura servir de lecho á Lorenzii. Al frente la entrada de esta gruta subterránea, y á su derecha la concavidad, donde aparece á su tiempo el cadáver que figura ser de Zanetta, cubierta con un paño que la haga imperceptible. A la izquierda, una rotura en la piedra que da entrada á otros senos subterráneos. Una lámpara de fierro pendiente de enmedio por una cadena, es la única que dá luz á este paraje. La entrada estará sombria.

ESCENA PRIMERA.

LORENCII *solo.*

(*Aparece encadenado y arrimado á su lecho.*)

Qué débil es el corazon del hombre, cuando solo á él sus empeños fia! Alma virtud! Religion santa! Que seria de los mortales sin tu auxilio? Solo, en este lóbrego recinto, donde aun las fieras sentirian frio: apartado de la que amo... De la única que podria hacerme sopor-

tables todas las desgracias. Si, apartado de ella, y quizá para siempre. Tal vez se ha interpuesto entre nosotros una barrera insuperable... Tal vez la tumba..... Pero, cuál es el delito de esta inocente criatura? Que me amaba! Ah! no deja de serlo. Desventurada Zanetta! Pusiste los ojos en un infeliz, condenado al infortunio, y él te ha hecho apurar hasta las heces la copa de la desgracia! Mi aliento te ha trasmitido la maldicion que me persigue. Mas, Dios de bondad! Cuál es mi culpa, cuál, para no haber gozado un momento de felicidad en esta vida? Y quién me la dió? Quién me dió esta existencia emponzoñada? Esta vida de anatema y de ignominia? Quién pudo ser este padre desnaturalizado que asi abandona á su hijo? Quién mi madre? Ambos cometieron un acto que las mismas fieras desconocen. Dios de justicia! Y el delito de los que me dieron la existencia de maldicion, habré de espiarle yo? Pero, por qué culpar á mis padres? Y si ellos son inocentes? Si en este momento, tal vez, lloran á su hijo? Esta es una situacion penosa: mi frente arde: mil ideas combaten á un tiempo la imaginacion. Pensemos en otra cosa. Hace seis dias que no se me permite ver á Zanetta. Esto es horroroso. Era lo único que me hacia sobrellevar mi suerte. Era mi único consuelo, y tambien me lo han quitado. Tengo aun presentes las últimas palabras del tigre que nos ha perdido á entrambos. Todavia retumban en mis oidos. «O resuélvete á ser mi esposo, ó lo serás de la que tanto amor te debe, en la eternidad.» Esta palabra eternidad tiene cierto aspecto de horror... por salvarla, daria mi última gota de sangre; pero abandonarla, y ser perjuro...... Nunca, nunca, jamás!... Si aquel desconocido me cumpliese su palabra?.... Ah! Entonces...

ESCENA II.

LORENCII *y* RICARDO.

RIC. Y bien, señor Lorencii, quereis tomar algo?

LOR. No.

RIC. Hace veinte y cuatro horas que no habeis probado ningun alimento.

LOR. Nada te importa. Déjame.

RIC. Permitidme que os diga me dais lástima: que no puedo miraros sin esperimentar una sensacion que no acierto á esplicar.

LOR. Seria posible? Hombre mas cruel que las fieras que habitan la caverna del Cáucaso; hombre cuyo corazon empedernido solo se sustenta de crímenes, ¿seria posible que la maldad no hubiese ocupado aun toda tu alma?

RIC. Os he dicho que me causais sensacion, y no debeis dudarlo.

LOR. Pues si es cierto, sálvame. Halle yo en mi verdugo un libertador, y mi agradecimiento será eterno.

RIC. No sabeis lo que me pedis. Creeis acaso que eso es posible? Y qué adelantariais, dado caso que pudierais libraros de los hierros que os oprimen? Solo arrostrar una vida de proscripcion, y estar siempre cercado de veinte puñales que se pagarian á peso de oro por vuestra cabeza. Ignorais el poder de la que teneis por enemiga? Ah! Y cuán dichoso seriais, si por el contrario fuese vuestra amiga?

LOR. Qué dices? Qué te atreves á pronunciar? Yo amigo de la mas cruel de las mugeres? De la que me ha sumerjido en el estado de abatimiento en que me encuentro? No, no es posible.

RIC. Si tal: yo sé que si vos consintieseis en ser su esposo, os colmaria de honores, de riquezas; tendriais un título de conde: serias senador, y os aseguro que perteneciendo á un rango elevado, ocupariais un lugar distinguido entre los grandes señores de Venecia.

LOR. (*con afectacion.*) Te he escuchado para acabar de convencerme de lo que es capaz tu alma baja y mezquina. Sabes si yo ambiciono honores, riquezas, rango elevado? Pues bien, escucha. Yo desprecio todo eso: al porvenir lisonjero que tú me propones; antepongo mis juramentos y la muerte. Si, yo aborrezco á la que podia proporcionármelos; y á ti que me los muestras, te desprecio. Quieres saber mas?

RIC. Señor, no es ese el medio para libertaros de vuestras desgracias.

LOR. Pues bien, déjame sufrirlas.

RIC. Como os dije que me interesaba por vos, y os veia en ánimo de aprovecharos de mi sensibilidad?..

LOR. Cómo! Tu sensibilidad? Ah! esa es una espresion que sin duda has oido á tu señora: bien convencido estoy que no conoces sus efectos.

RIC. Y por qué no?

LOR. Pues si es cierto que tu corazon es suceptible de sentimiento de humanidad, dime: qué es de Zanetta? Dónde se encuentra? Permanece aqui? Por qué no se me deja que la vea? Responde.

RIC. Mucho lo siento, señor, pero...

LOR. Qué, acaba...

RIC. Que no puedo contestaros á lo que me preguntais. Encerrada en otra distinta gruta, se ha confiado su custodia á uno de los hombres que acompañaron á la señora la última noche que vino á veros.

LOR. Ah! No prosigas, no. He descubierto en tu semblante el misterio que la encubre. Zanetta ya no existe! Dímelo... Sácame de incertidumbre... Solo por que me desengañes, te daré... Nada. No poseo nada enteramente: si algun dia me veo libre, te ofrezco preservarte de la muerte á que te has hecho acreedor.

RIC. Señor, creedme. Nada sé de su suerte. Lo que solo podré deciros es, que hace cuatro dias la vi salir con su guarda á respirar el aire libre, y entonces....

LOR. Prosigue. Entonces...

RIC. Estaba buena. (*en este momento se oye una voz que dice.*) Traicion. (*á la que contestan.*) Venganza.

RIC. Es la seña: la señora Olimpia acaba de llegar. Preparaos á recibirla.

ESCENA III.

LORENCII *solo.*

Vé en buen hora á rendir homenage á tu señora, que yo preparado estoy para maldecirla.

ESCENA IV.

OLIMPIA, LORENCII, RICARDO *y* CRIADOS.

(Uno de los criados traerá una linterna que pone sobre un peñasco; Olimpia al entrar, tira la capa y sombrero con que ha venido disfrazada, y deja ver en el cinturon de su vestido un puñal.)

(*Momento de silencio: Olimpia y Lorencii se miran mútuamente.*)

OLIM. Y bien, Lorencii, nada me decis? Estais convencido de vuestra pertinacia? Ah! te he ultrajado bastante para aspirar á tu amor. Habré merecido por eso tu odio? (*Lorenzii le hecha una mirada despreciativa, y vuelve el rostro hácia su lecho. Prosigue Olimpia.*) Cielos! No me escucha. Aparta de mi su semblante. Para ella guarda todos los afectos de su alma! Y á mi, á la que tantas veces dijeron que era una beldad, me

desdeña, menosprecia y olvida? Por qué no soy lo que ella? Y sobre todo, por qué no es ella lo que yo? Entonces tendria su amor, y ella su aborrecimiento. Aun lograria mas; la olvidaria. (*acercándose á él.*) Lorencii, ignoras quién soy?

Lor. Y qué?

Olim. Soy tu verdugo. Mira, he aqui esta mano que quise unir á la tuya, y que tú desechaste. Sabes pues, como se venga de tus desprecios? Si por ventura lo ignoras, yo te lo haré ver. Si consientes en ser mi esposo, en este momento podemos marcharnos á Génova. De alli nos embarcaremos para Francia, España ó Inglaterra. Tengo oro suficiente, á fin de que nada nos falte en cualquier lugar donde fijemos nuestra residencia. Colmaré de él á esa Zanetta, á quien solo tu inesperiencia hizo amar. Satisfecha y tranquila hallará un esposo que la quiera, y será dichosa. Os resolveis en fin?...

Lor. Señora, os doy gracias por el favor que me haceis proponiéndome lo que vos llamais felicidad. Pero bien podiais haber escusado el oir lo que tantas veces os he repetido. Sabed que ni los tormentos que estoy padeciendo, ni mil muertes que amenazasen mi cabeza, mudarian mis ideas. Si: de la tumba. En cuanto á vos, me causais hastio, os aborrezco.

Olim. Infeliz, dictaste tu sentencia; pero antes quiero hacerte ver de lo que es capaz un corazon celoso que se venga.

Lor. No me atemorizan vuestras amenazas. Hace mucho tiempo que estoy preparado á ser el blanco de vuestros crimenes.

Olim. Ahora lo veré. Ricardo, cumplid mis órdenes.

(En este momento Olimpia y los suyos ocupan el lado opuesto, á donde está Lorenzii. Al mismo tiempo Ricardo descorre el paño que oculta el cadáver. Olimpia toma la linterna, y la deja junto á él en un hueco de la roca.)

Lor. Ella es? Maldicion! (*se cubre el rostro y cae en la tarima.*)

Olim. Si: ella es. He aqui mi obra. Te amaba, la preferiste á mi, y la heri con mis propias manos. Porqué no revive para matarla otra vez? Solo saciándome en su sangre podria apagar el volcan que me consume. Cuan hermosa estaba cuando la meti el puñal en el corazon! Qué gozo al ver á mi rival postrada á mis pies, pidiéndome la vida y no alcanzando otra cosa que la muerte!

Lor. Calla, calla, muger infernal, furia abortada por el averno para mi mal. No despedaces por mas tiempo mi corazon. Huye de estos lugares, y déjame regar con lágrimas los restos de la mas inocente de las criaturas. (*hace un esfuerzo para acercarse, y cae.*)

Olim. (*despues de hacer una seña á Ricardo para que cubra el cadáver, se acerca á Lorenzii y dice.*) Y el valor de que te hallabas preparado, qué se ha hecho, Lorencii?

Lor. No: no me falta el ánimo para resistirte: no te glories de tu triunfo, que la virtud me lo comunica, y ella me sostendrá.

Olim. (*con dulzura.*) No quiero disimular delitos y culpas. Te privé de una amante. Era forzoso: se oponia á mi dicha. No puedo quejarme de esto; y te despreciára si me hubieras aborrecido menos, pero en este mundo todo tiene un término. (*Lorenzii la mira como fuera de si.*) El amor se estingue, y se amortigua el odio.

Lor. No, jamás. El mio me seguirá hasta mas allá del sepulcro.

Olim. Oyeme. Deseo poner fin á esta carrera de crímemenes. No es este el solo que pesa sobre mi corazon. Llora á Zanetta, es muy justo este dolor. Se hizo acreedora á tu eterno reconocimiento, pero no puedes llorarla sino en este sepulcro? A qué resistir por mas tiempo mis ofertas? Tienes por cosa mas horrenda el vivir á mi lado, que morir al de un cadáver? El arrostrar la vida de una cueva, que el pasarla en un palacio?

Lor. Os desprecio á vos y á vuestros dones. Esta gruta ú otra aun mas horrible, y mis cenizas venerandas, lo prefiero á todo.

Olim. (*con amabilidad.*) Lorencii, me habias ofendido en mi orgullo, y me vengué; ten por segunda venganza los desprecios que me has hecho: éramos jóvenes, amábamos, y nuestro pais natal lo es la Italia; perdonémonos los crimenes hijos de las circunstancias y del clima, y que un dichoso himeneo nos restituya, sino la felicidad, la paz á lo menos.

Lor. La paz! La paz! No debe haberla ya para nosotros. Los remordimientos corroen tu corazon, y los pesares van consumiendo el mio. Aparta, Vampiro... Déjame, ser de maldicion, pero antes oye el juramento que hago. Jamás se unirá mi mano á la que está aun teñida con la sangre de mi amante. (*Olimpia se retira, Lorencii vuelto donde está el cadáver, esclama.*) Oh tú, querida Zanetta, cuya alma está gozando en el recinto de los ángeles la recompensa á tus virtudes, seré fiel á tu sombra, y solo en los brazos de la muerte hallaré una esposa.

Olim. Hombre audaz! Ignoras cuál es mi corazon? Te habia perdonado todos los ultrages que me has hecho, quisiste añadir este mas; pues bien, dictáste tu sentencia. Morirás: si, pero con una muerte lenta. Te privaré del sueño: te haré ver los mas esquisitos manjares, y no te será dado el tocarlos. Desde este momento mi amor se ha convertido en odio, y si no fuera porque espero mejor venganza, (*saca el puñal.*) mis propias manos te privarian de esa existencia que me abruma. (*en este momento se oyen dentro voces simultáneas, y á poco entra un criado.*)

Olim. Qué rumor es ese?

ESCENA V.

Dichos y el Criado

Criado. Señora, estamos vendidos. (*los secuaces de Olimpia forman un grupo á su espalda. En el acto entran varios soldados que se apoderan de ellos.*)

ESCENA VI.

Dichos, Presidente, Sir May, *el* Ugieb, *con una varita de ébano, dependientes del tribunal, soldados y hombres con hachas.*

Ugier. (*desde la puerta.*) Plaza al Augusto Tribunal. Plaza á la serenísima República. (*entra y despues lo hacen los referidos, que al aspecto de Lorencii, retroceden horrorizados.*)

Sir May. Ya veis, desgraciado joven, que no son vanas mis promesas. No es un débil sugeto el que está encargado de vuestra causa. El cielo ha querido que la tome á su cuidado la suprema autoridad; y la república misma viene á daros libertad.

Pres. Si, desgraciado jóven, teneis en vuestra presencia una comision del consejo de los Diez, instituido para proteger la virtud y castigar el crimen. Hoy desempeñará su ministerio. Yo como su presidente os lo aseguro. Cuál es vuestro nombre?

Lor. Lorenzii, monseñor. (*á una señal del presidente lo desatan.*)

Olim. (Llegó mi término; estoy perdida.)

Pres. Sois vos la única víctima que encierran estas rocas?

Lor. Aun quedan las cenizas de la mas inocente y virtuosa de las criaturas. Haced correr aquel paño. (*Lorenzii aparta la vista, y á una insinuacion del presidente un dependiente descorre la cortina que oculta el cadáver, y á su vista retroceden horrorizados.*)

Pres. y Sir May. Qué horror!

Lor. Yo fallezco. (*cae sobre las rocas.*)

Pres. Cubrid ese cadáver. (*á Lorenzii.*) Quién es el homicida?

Lor. Ahi la teneis! Vedla.

Prés. Cómo! Me engañan mis ojos Vos, Olimpia Guiustiniani! Ugier del consejo, cumplid vuestro deber.

Ugier. (*tocando con la varita á Olimpia.*) En nombre de la República, daos á prision.

Olim. Triunfaste, Lorenzii, triunfaste. Yo tengo la culpa, estuviste entre mis manos, como el cordero entre las garras del aguila. Pude despedazarte, y te dejé por desprecio. Bien merecido tengo esto.

Lor. (*á Sir.*) Generoso libertador mio, mi protector, os tributo las mas cordiales gracias. Quiera el cielo que algun dia pueda recompensaros la accion que acabais de practicar.

Sir May. Desgraciado jóven, la felicidad de que veo cercado vuestro porvenir es para mi superior á todo. Dadme esa mano. (*lo hace.*)

Pres. Y á mi tambien, señor Lorenzii. Desde este momento contadme por vuestro. No se porqué me interesa este jóven. (*repara en el anillo.*) Mas, Oh Dios! qué miro? Es ilusion? Este anillo, decidme de dónde os ha venido? Quién os le dió? Es vuestro...? Donde le habeis adquirido? Responded.

Lor. Señor, no comprendo... Este anillo... Vino á mi poder...

Pres. De qué manera?

Lor. Oid, señor; educado bajo las órdenes del venerable Crisóstomo, párroco de Peschia, este me lo entregó el dia que recordaba doce años de mi natal, diciéndome: «Toma esta alhaja. Ella te dará á conocer algun dia un misterio impenetrable hoy para ti.»

Pres. Decidme, qué edad teneis?

Lor. Veinte y cinco años.

Pres. Y vuestro padre?

Lor. Señor, nunca le conocí.

Pres. Con que nunca... has sabido de tus padres? Ah! Dios de bondad! El es! Por qué no le conocí antes? Hijo mio, he aqui otro anillo igual. Este es el misterio. Yo soy tu padre.

Lor. Será cierto?... Padre mio. (*se abrazan. Momento de silencio. Olimpia que habrá estado observando, despues de un momento dice.*)

Olim. Lorenzii, Lorenzii, he ahi tu padre. Ya eres feliz. Olvidame; yo voy á unirme al mio por toda una eternidad. He sido cruel contigo, pero el odio no debe ir mas allá de la vida. Quiera el cielo que algun dia me compadezcas en el sepulcro. Ay! (*se hiere con el puñal y cae.*)

Sir May. Cumpliose su destino!

Pres. Murió este mónstruo. Hijo mio, perdonémosla, y busquemos el venturoso porvenir que nos presenta la virtud, aborreciendo los vicios de que ella ha estado cercada. Generoso libertador de mi hijo, la república no dejará sin recompensa vuestra noble accion, y yo, como su padre, sabré agradecérosla. Hijo mio, otra vez.... abrázame.

Lor. Cuan delicioso es para mi este momento! Pero què tesoro he perdido en estas ruinas, padre mio!

Pres. Ugier, haced que los restos de la virtuosa asesinada sean trasladados honrosamente, para que se le tributen los últimos honores religiosos. Hijo mio, marchemos de estos sitios de horror. Señores, á Venecia.

FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la provincia de Madrid.—Madrid 17 de setiembre de 1852. *Examinada por el señor censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.* El gobernador—*Ventura Diaz.*

NOTA. Esta comedia perteneció al Editor *del teatro moderno español* Don Ignacio Boix, quien la cedió por medio de escritura pública al de la *Biblioteca dramática*; asi es, que resultan dos ediciones, la primera en 8.° marquilla, y la segunda en 4.° mayor; hacemos esta aclaracion, para que de ningun modo se confundan estas comedias con algunos títulos que resultan iguales en la *Galeria dramática* de los Señores Delgado Hermanos, y porque aun cuando se vean dos ediciones, no se ignore que pertenecen á un mismo dueño.

MADRID, 1853.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.